

sia Eustaquia. Arreciaban sus alaridos, y Luisa, compasiva, suplicó desde el balcón:

—Misia Eustaquia, ¡perdónelo usted!

—¡Perdonarlo!—resolló adentro airada voz.—¿Sabe usted lo que ha hecho?

¡Lo que había hecho! Cosas de chicos. Tirando de él, lo sacó á rastras la furia, y para explicar los motivos del vapuleo, alzó hacia el balcón los nervudos brazos y la basta caraza de mulata, contraída por la cólera y la fatiga de la cruenta lucha.

Plácidamente, Luisa se reía. ¡Bah! Cosas de chicos.

Y aplacado el tumulto, hechas las paces los combatientes, mientras gradualmente se apagaban los rumores de la calle, la hormiguita tornaba á su práctico cavilar, insensible á la romántica solicitud de la luna y de las flores...

---



---

### III

Con mucho ahinco seguía Huguito Fiorelli las lecciones de D. Benigno, y así adelantaba, según orgulloso testimonio del maestro, tanto por su inteligencia, como por su aplicación. No faltaba nunca á la calle de Entre Ríos, y cuidado que á aquella hora le solicitaban con imperio las aventuras nocherniegas de Marquitos, su guía y compañía en los infernales laberintos del *Parigi* americano; pero, no vaya á creerse que su virtud llegaba hasta el punto heroico de dejar solo á Marquitos, sino que combinaba las horas de modo de no perder la clase y la ocasión de divertirse.

Menos gracia, sin embargo, haciale la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

virgiliana compañía de Marquitos, salvo cuando de círculo en círculo vicioso conducía al teatro en que trabajaba la triple Concepción Ulrria. Allí, como parientes, tenían privilegios especiales: bromeaban con las coristas en los entreactos; escogían para la función la mejor localidad libre y armaban regocijados barullos, exentos de toda responsabilidad. Bien acogidos siempre, dábanse aires protectores, de troneras cansados de la vida; y lo mismo galanteaban á las cómicas en el saloncillo, que desde las alturas iniciaban las descargas de aplausos y sostenían los estrenos á fuerza de palmadas y pateos. Luego, tal cual noche, acompañaban á dos coristas, la Charo y la Rufa, á tomar chocolate con bollo.

Pero, en rigor de verdad, ni la Rufa, ni la Charo, ni el pasatiempo teatral, ni las cartas, ni cuanto inventaba Marquitos por distraerle en los sospechosos vericuetos del mundo del mal, en que era familiar diablillo, y en cierto modo autoridad por su apellido, le agradaba á boca llena. Había

ocasiones que no le agradaba ni pizca, y salía de la prueba, ¡vergüenza da decirlo!, con bascas de neófito impresionable, entre las burlas de su perverso maestro. Y es que Hugo tenía mucho de candoroso, de romántico, de delicado, y en su alma infantil, cultivada por la sabia mano de su tío cura de Italia, no cayó en vano la buena simiente. Puede asegurarse que, arrancado de su aldea y de sus sueños juveniles, y sumergido de improviso en el asombroso medio ambiente de la familia de su hermano y de la amistad del joven Ulrria, estaba como el que de la barca en que pescaba sereno y contento ha sido precipitado al agua por repentina y furiosa tormenta.

Cedía á la torpe influencia del ejemplo, sugestionado por la curiosidad; impedíale el amor propio desprenderse, y allá iba donde iba el otro, sin voluntad, hasta empeñado en convencerse de que iba á gusto y de que las resistencias de su estómago y las protestas de su corazón eran falta de costumbre. ¡Bah! Ya se acostumbraría. Y

por fuerza había de acostumbrarse; que el hombre no se acredita de tal, si no hace lo que Marquitos, y descuella como él en todas las artes del vicio y de la truhanería.

Pasaba el tiempo, el período de iniciación se prolongaba demasiado y los adelantos de Hugo en la carrera eran muy medianos, más medianos, mentira parece, que los que realizaba en lengua castellana bajo la férula de Landín. Las correrías de timbas y demás sitios que ostentar pudieran, con ligera variante, el letrero famoso: *Lasciate ogni vergogna, voi chi entrate...* le repugnaban como el primer día; sus entretenimientos en el teatro de Concepción le sabían á estúpidos; encontraba ordinarias, descaradas, indecentísimas á la Charo y á la Rufa, y el mostrarse con ellas en el café le ponía muy colorado. Furioso contra sí mismo, se daba de cachetes y se insultaba á la faz del espejo, cada vez que tornaba de madrugada á su bonita alcoba con dolor de cabeza, revuelto el estómago de asco, y en el fondo de la conciencia las sa-

nas máximas del tío picoteándole. ¡Nunca, nunca sería hombre!

A ver, ¿por qué le agradaba la tranquila atmósfera de su habitación? ¿Por qué el meterse entre las finas sábanas, con franco respirar de alivio? ¿Por qué el dormirse con la visión de la aldea, borradas, ahuyentadas, perseguidas las impresiones recientes? ¿Y por qué al despertar, la misma habitación, el vecino toser del compañero, el rumor de los pasillos, de la fábrica y de la calle le producían molestia, malestar, ansia de coger su modesta maleta y huir de aquel temible *Parigi* en que se ahogaba? ¡Ah *po-verino*, nunca sería hombre!

Así se lo decía Marquitos, con despectiva franqueza:

—No lo eres, ¡qué has de serlo! Te falta estómago; te sobran nervios, sensible-ría, blandura, dulzura de mujer. No tienes músculos, ni descaro, ni impetuosidad, ni aquel ¡aquí estoy yo, porque sí! A la Rufa la llamas señorita; á la Charo la pides disculpa de haberla rozado por descui-

do; no pasas del segundo vaso de vino, ni del primer cigarro, ni de la media hora de juego... ¡Vamos!, que contigo no hay *farra* completa, y cuando no haces reír, entristeces la reunión...

Hugo no se atrevía á replicar. Era cierto, sí señor. ¿A qué negarlo? Reconocía las sobras y las faltas de que hablaba Marquitos, y sentía una vergüenza muy grande de no llegarle á la suela del zapato, en lo crapuloso y en el desparpajo con que sabía desempeñar su envidiable papel. ¡Ay! ¡Quién fuera Marquitos!

Los grandes y azules ojos del *bambino* le seguían tristemente, persuadido de que jamás llegaría á la altura de su maestro, ni fumaría como un carretero, ni bebería, ni jugaría como los hombres deben hacerlo, ni sería grosero con las mujeres, aun las de baja estofa.

Y se prometía á sí mismo imponer la razón á su estómago y á sus nervios, seguir los consejos y las huellas de Marquitos...

Como que á Marquitos le admiraba pro-

fundamente. No concebía Hugo un modelo más acabado de audacia, despreocupación y prodigalidad aristocrática. Sin duda, su desconocido padre fué gran señor; acaso el mismo cuya fotografía en la consola de la sala enseñaba un perfil bovino, de apelmazados y toscos rasgos, con los cuales quería el joven que se le encontrara parecido á todo trance:

—Mira estos ojos, ¿no son los míos? La boca, ¿no es la mía? La frente, ¿no es la mía? Idéntico, clavado... naturalmente mejorado, afinado por mi parte, gracias á la hermosura de mi madre. ¿Y el aire, el gesto? ¿Quién que vea este retrato y me vea á mí va á negar, á dudar siquiera, que yo soy hijo de D. Gabino Asnabal? ¡Si lo sabría mi madre! Pues el juez lo ha negado, y aquí me tienes, hijo de millonario, sin un centavo, rechazado por la justicia y por la familia de Asnabal como un impostor. Pero, pese á la familia y al juez y al mundo, yo soy un Asnabal de pies á cabeza, y puedo asegurar que llegará la hora en que

Marcos Asnabal y Ulrria lo probará con más claridad que el sol que nos alumbra. Y entonces, ¡excuso decirte!...

Sobre este tema de la paternidad, Hugo le oía también sin replicar, porque su empeño en parecerse al buey manso de la fotografía era tan desatinado, que se encendía en cólera si no se estaba conforme con su fallo de inteligente fisonomista. El no tener él los ojos saltones, el morro abultado, las orejas de capacho, se debía á su madre; pero, en todo lo demás, clavado, idéntico...

Nunca tuvo Hugo con Marquitos discusión, aun siendo tan opuestos caracteres. Le admiraba, y este homenaje á su superioridad era bastante para evitar todo choque de opiniones. Una vez, sin embargo, cambiaron palabras muy vivas, y fué por causa de Parmenia.

Verán ustedes cómo. Entre las muchas cosas raras que el joven de Monferrato venía observando en la casa y en las que, al fin, ya ni paraba mientes, que en atmósfera

meffítica se insensibiliza el espíritu, llamó su atención los dimes y diretes de Marquitos y Parmenia, el mal humor de ella, la acometividad de él, ya atraídos por el dulce mirar de cómplices, ya separados por el despecho; el arrullo continuo en los rincones, el buscarse de sus manos, cuando no para hurtar una caricia, para señalar una amenaza, que eran ambos apasionados y violentos.

Pero, antes que estos detalles misteriosos, había observado la belleza, la gracia y desenvoltura de la cuñada de su hermano, y quizá su imaginación fabricado en su honra el más precioso castillo de ilusiones; y sin duda de este castillo columbró la silueta Marquitos, porque un día, brusca-mente, le cogió desprevenido por el cuello, y retorciéndoselo ó haciendo que se lo retor-ecía, le echó al cuerpo esta advertencia:

—¡Gringo, gringuito de la grandísima perra! Cuidado con poner los ojos de muñeco bobo en Parmenia, porque te estrangulo y te despellejo. Parmenia es de este

cura, y cuanto haga la tía Gorgonia para que sea de otro, resultará tan estéril como lo que tú intentes, zonzo del cuerno. ¡Como que voy yo á dejar que venga de fuera quien de su corazón haya de echarme! Y poco trabajo que me doy ahuyentando á todos los que, mordido el cebo, vienen detrás del coche de Palermo; á uno le largo un bufido, á éste un palo, al otro un ánimo; que todos los medios son buenos cuando se trata de defender lo propio. ¡Óyelo bien, pues: Parmenia es mía, y el que con ella se desmande se entenderá conmigo!

Protestó Hugo de la agresión, repitió Marquitos sus argumentos de manos y de razones, tornó á protestar el italiano... y no hubo más nada, sino que Hugo se apresuró á destruir por sí mismo sus ilusiones, y si Parmenia llegara á solicitarle la manda á paseo, recordando lo mucho que apretaban los dedos del compañero. Aumentó este incidente las ganas que de marcharse sentía, y aunque el cariño de su hermano

era mucho y el afecto que su cuñada Tecla le demostraba muy tierno, acaso demasiado tierno, como jamás igualaría á Marquitos, desentonaría siempre en la casa y en aquel *Parigi* adonde, por su mal, había venido.

Pues, señor: una mañana, más tarde que de costumbre, porque la aventura de la noche anterior le había aniquilado, acababa de aviarse el *bambino* en su alcoba, cuando sintió gran tumulto en la de Marquitos. Esto de los tumultos, y siempre que el hermano estaba en la fábrica, era el pan de cada día, entre misia Gorgonia y Tecla, ó entre Tecla y Parmenia, ó entre Parmenia y Marquitos, ó entre todos juntos, incluso el perro y la cotorra. Pero, aquella mañana, la voz que chillaba decía:—Sí, á eso he venido...—como persona extraña que invadió con fines belicosos la morada ajena.

Y, ¡patapún!, cayó un mueble al suelo, se estrelló algo de cristal ó porcelana, y sonó luego así como á bofeteo rápido y sin medida. Al mismo tiempo se abrió la puer-

ta estrepitosamente y apareció Concepción Ulrria hecha una leona:

—Usted es testigo, Hugo—tartamudeó apenas, ahogándose;—usted no lo negará, como lo niega este gandul...

Pasaba Concepción de los treinta y cinco, y había engordado mucho; conservaba, sin embargo, la graciosa picardía, la carita aniñada y el pelo de oro de sus buenos tiempos, y con todo ello se defendía, á pecho descubierto, de los rigores de su triste existencia. No tan bien que no se advirtieran en la infeliz, á pesar de adobos y tocados llamativos, los estragos de la derrota y lo próxima que estaba á caer del escenario en que se mantenía á costa de benevolencias, empujada por la edad implacable.

Diríase que el presentimiento de esta caída la preocupaba constantemente, y que la visión del muladar que había de recoger sus despojos de cortesana, prestaba amargos tonos á su gesto, de agrio humor siempre que no estaba en las tablas sonriendo mentirosa al público.

Con su madre y sus hermanas se veía poco, según rumores, por orden terminante de Fiorelli; sólo en los días de apuro aparecía de ocultis en la fábrica, y su presencia, ni las hermanas ni la madre festejaban ciertamente, porque ó sablazo ó disgusto traía consigo. Si esta vez se presentaba así, ciclón viviente, descargando por manos y boca toda su cólera, era que le ocurría algo muy grave...

—¡Señora!—balbució Hugo despavorido.

—A ver, niéguelo usted también—repetió Concepción, con ademán de arrojarse encima.—Quiero oirlo.

Ya misia Gorgonia y las dos muchachas, sutilmente vestidas, habían aparecido, y entre las dos trataban de contener y apaciguar á la iracunda tiple.

—Concepción, ¡por Dios!—suplicaba Tecla;—cállate, que Paolo va á enterarse.

—¡Silencio!—ordenaba la madre.—No escandalices, que nos pierdes.

—Pero, ¿qué pasa?—preguntaba Parmenia.

—¿Qué hay?—chilló con voz sobreaguda Concepción,—que ese sinvergüenza de Marquitos, ese mal nacido, ese hijo de don nadie ó de todo el mundo, estuvo noches pasadas en el teatro, acompañado, como siempre, de este mosquita muerta italiano, que abre aquí la boca para hacernos creer que no sabe nada. Era el martes, ¿se acuerda usted, Hugo, que era el martes? Le daré á usted más detalles: fué en el estreno de *La flor del seibo*, en esa pieza en que yo bailo un *gato* con relación, con muchas flores coloradas en el vestido y en la cabeza... ¿Se acuerda usted? Vamos, ya le vuelve la memoria... Bueno; ese tal de Marquitos fué y me pidió doscientos pesos para un compromiso urgentísimo, de honor... ¡Honor él!...—Te juro, Concepción, que en tres días te los devuelvo.—Mira, Marquitos, que me cuesta lágrimas y sudores ganarme la vida, y no estoy yo para que tú me estafes mi pan.—Te juro que antes de dos días, mañana mismo, si lo exigés... Total, que le presté los doscientos pesos, delante

de este caballerete. Y pasó el miércoles y el jueves y el viernes, y ni recibo mi dinero, ni veo á Marquitos por el teatro. Lo busco y no lo encuentro; le escribo y no me contesta. Entonces decido venir aquí; espero en la acera de enfrente, con disimulo, que baje Fiorelli á su hora; baja, me cuelo; subo, entro, le sorprendo vistiéndose, le pido lo que me debe, porque lo necesito, sí, lo necesito, desgraciadamente, lo necesito, y el canalla me niega, se atreve á negarme que le haya prestado algo... ¡Ah! ¡Ciega, fuera de mí, le he puesto las manos en la cara y le he abofeteado á mi gusto, y si tengo un puñal se lo clavo...! ¡Canalla, más que canalla!

—Habla bajo—decía misia Gorgonia, asustadísima, rodeando con sus escuálidos brazos á la hija, vuelto el agudo perfil hacia la puerta, vigilante.

—Pero, ¿es cierto, Marquitos?—preguntó Tecla, acercándose á la alcoba del acusado.

Este enlazaba tranquilamente su corbata

delante de la luna del armario, y nada contestó, silboteando un aire de *La flor del seibo*.

—¡Sí, es cierto!—declaró Hugo noblemente, á la vez que escondía la cara, coloreada por la vergüenza de que en tan triste aventura pudiera suponersele cómplice.

—¡Gracias á Dios!—chilló la cómica en un alarido triunfal, al que respondió el estridente de la cotorra vecina.—A confesión de testigo, sobra de pruebas. Conque, á pagar tocan. Vengo por mi dinero, ¡por mi dinero!

—Cállate, no alborótes, Concepción... ¡Jesús!

La pusieron sobre la boca epiléptica, caño desbordante de cloaca máxima, las manos como apretada mordaza, porque el borbotón de desvergüenzas no saliera y hasta los oídos llegase de D. Paolo, inundando la fábrica. Y entre las tres la sacaron de allí, con suaves empujones y cuchicheos de promesa de que la devolverían su dinero en seguida, en seguida; la arrastra-

ron fuera, antes que saltara á los ojos de Marquitos que, en su retirada, se encocoraba de lejos y la jaleaba:

—¡Mentira! No hay tal, comiconona, res pública...

Entre las tres consiguieron establecer la absoluta separación de los contendientes, mediante un lejano y sólido tabique, y en el sillón en que la obligaron á reposar la rodearon las tres, amurallándola de modo que ni escaparse pudiera, ni fuese de nuevo acometida. Ella levantaba los brazos, ahogándose de coraje:

—Mi dinero, ¡mi dinero!

Era en el despacho de D. Paolo, un cuarto obscuro, rincón en que el hombre triste escondía sus cavilaciones. Parecía que en él revolotearan sus ideas negras y como en una cueva donde el intruso sorprende, asusta y ahuyenta á los avechuchos que la habitan, en invisible enjambre por todos lados creeríase sentir las rozar sus alas de murciélago. Una mesa, cuatro sillas, dos armarios, lo llenaban, lo obs-

trúan, y los dos panzudos sillones, de jorobas de cuero, de abultados respaldares, mostraban la huella del cuerpo doliente, de la cabeza que sobre ellos desmayaba su carga de pensamientos, de sudor y de grasa. Muchos papeles en la mesa, en las sillas y en los armarios, impresos, cartas, volantes y libros, mayores y menores, algunos de lomo muy gordo, con alegres marbetes de piel roja y letras doradas.

Sagrado el despacho, ni misia Gorgonia, ni Parmenia, ni la misma Tecla entraban nunca en él... salvo en las ocasiones en que las necesidades de la perra existencia obligaban á Tecla á entrar. Como ahora, sí, como ahora... Para estas ocasiones, que ella procuraba fueran lo menos frecuentes posible, tenía Tecla una llavecita que había hecho construir, y la cual la libraba sigilosa y con generosidad de cómplice inconsciente todo el numerario que, en fajos pulcros y tentadores, encerraba el segundo cajón de la derecha de la mesa. ¡Ay!, confesemos la verdad atroz: las apuntadas ne-

cesidades son, á veces, muy grandes, á veces también, urgentísimas, y á ratos, inconfesables; el pedir cuesta siempre; el obtener, más todavía; el satisfacer, mucho, mucho más; y la verdad, el aligerar de tal cual billetito al segundo cajón de la derecha, con cuidado, ya lo creo, con especialísimo cuidado, era para Tecla más fácil y hacedero que ir derecha al ogro en són de petitorio. Así él no se enteraba, no gastaba ella ni saliva ni razones, y el remedio buscado surgía lindamente de sus uñas discretas. Cosas de la vida, cosas muy feas, pero, al fin, *cosas*, cual decía filosóficamente la insigne y nunca bien ponderada madre Ulrria, generadora de esta caterva de Ulrrias famosa.

Sin la llavecita salvadora, ¿qué hubiera hecho, pues, en esta comprometida ocasión, Tecla? ¡Horroriza pensar con misia Gorgonia la que se arma, si Fiorelli sube, si Fiorelli se entera, si Fiorelli encuentra, al fin, el pretexto, el pelo en la sopa que buscaba para abrazarse á las columnas de la

fábrica, Sansón vengador, y derrumbarla espantosamente sobre el familión nefando! Como si respondiera al conjuro colectivo, por la deliciosa rendija de la chambra de Tecla apareció la llavecita, al extremo de un cordón azul; cayó en las manos de la bella ladronzuela, y ella sola, diríase que ella sola, se metió de cabeza en el agujerillo de la cerradura... Abrió la bocaza el cajón y enseñó dos fajos de billetes, nada más.

—¿Cuánto te debe Marquitos?—susurró Tecla á Concepción.

—He dicho que doscientos pesos—contestó Concepción, también muy bajo.

En el silencio que imponía la acción perversa, se oyó el hurgar de los dedos intrusos, febril, rapidísimo, y luego el *trac* de la llave que cerraba de nuevo.

—Toma y vete—tornó á susurrar Tecla, soltando la brasa del hurto en las manos de su hermana.

—Y no vuelvas—suspiró misia Gorgonia, aliviada de no sé qué peso misterioso.—Ya sabes que Fiorelli no quiere que

vengas, y no podemos contrariar á Fiorelli. No debemos contrariarlo, y tú no tienes derecho de comprometer nuestra situación.

—Y no te metas en más dibujos con Marquitos—indicó Parmenia.

Súbitamente enternecida, soltó el trapo á llorar Concepción, con jipíos muy hondos y sentidos. ¡Ay, qué desgracia la suya! ¡Ni un afecto, ni un refugio que la amparase en sus horas amargas! ¡Y qué amargura de horas, tan largas, tan premiosas! Quiso contar sus miseriucas de actriz que vive del público, y de mujer que come del hombre...

El abogado aquel, amante de tanda, la había plantado; su empresario, que notaba que en las secciones en que ella trabajaba la deserción del público era mayor cada día, la anunció que para la temporada próxima no habría contrata; comenzaba á engordar ¿no lo notaban? las faldas cortas la caían mal, por la excesiva pantorrilla, las mallas peor, por el desborde de las caderas, y con el traje masculino estaba para que la pegasen cuatro tiros. La voz se le iba, ga-

lleaba, desafinaba ya; un diente se le había cariado, y entre el carmín negreaba el maldito á dos leguas. ¡Qué porvenir la esperaba, Dios mío! ¡Sin afectos y sin refugio, sin centavos y sin hermosura, hasta sin juventud, lo menos de que puede disponer una mujer necesitada! Casa vieja, ¿quién la alquila?

Con la dignidad con que en sus tiempos de respetable celestina, erguida en el sofá de su salón escuchando las tocatas de Teodomiro, alguna frase desmedida ó ademán incorrecto pescaba su vigilancia de lince, se volvía misia Gorgonia, visiblemente molestada. Ejem, ejem. Bueno, basta ya de conversación y de intimidaciones. No hay para qué enseñar el faldón de la camisa, y menos cuando hay señoritas delante, ¡ejem, ejem! La moral sobre todo. Esta era su eterna prédica: guardar las formas. Hijas, si alguna vez obligadas estáis á ensuciaros las manos, no olvidéis los guantes. Los guantes, hijas, los guantes; lo que viste, lo que se ve. Y que cada cual viva como pue-

da, con el respeto debido á las apariencias, por supuesto.

—Anda—repuso despachando á la llorona,—que va á venir Fiorelli, y no estamos para oír cuentos.

Pero la Ulrria pequeña, cuyos negrísimo ojos de virgen loca se encandilaban, se empeñó en saber eso del abogado, por qué y cómo y cuándo, él tan rendido que parecía, tan generoso. La legítima, ¿verdad? ¿A que lo sorprendió la legítima? Hay legítimas insufribles, que espían, que siguen los pasos, que tamizan las palabras... ¡Como si la fidelidad, humanamente, fisiológicamente, durar pudiera un año, un mes, todo lo más!

—¡Parmenia!—exclamó sofocada misia Gorgonia,—cállate, cállate.

¡Jesús! ¿De dónde sacaba la chiquilla esas enseñanzas? No sería ella quien se las daba, ejemplar acabado de madres. Y como antes á Concepción, la obligó á que callara, porque no estaba bien que de cierta clase de asuntos se tratase delante de ella, y me-

nos por boca de sus hijas. La moral, la moral sobre todo.

De la fábrica, en plena actividad, subía agradable aroma de panadería, el apetitoso vaho de las pastas, que en el seno de los hornos, ardientes cual sima del infierno, cocían, sin duda, á aquella hora Pelitos, Matías, Francesco y Stella. Por el largo corredor iban las cuatro damas, y husmeando mamá Ulrria aquel tufillo amigo se distraía, al punto de que Concepción, respondiendo al codazo inquisidor de la hermanita, diera discretamente cuantos detalles deseara sobre eso... eso del abogado. Tranquila ya Concepción, después de la batalla y de la reconquista, se disculpaba; entretanto, prometía no volver, y menos con tales arrestos; pero que no se la pusiera Marquitos delante, que aconsejaran á Marquitos de no ir por el teatro ni por su casa, porque no saldría vivo de entre sus uñas, y en ellas dejaría el pellejo.

—Adiós, mamá; adiós, muchachas— dijo fríamente al llegar á la escalera, por

la que se escurrió con presteza, á pesar de sus carnes.

Y las otras, desde arriba, la despedían con gestos de desdén. Adiós, escandalosa, hambroña, desconsiderada. ¡Vaya una manera de saldar cuentas y entrar en casa ajena! ¿Dónde estaba la china Enriqueta? Prevenir la en seguida de que, si vuelve, no la deje pasar del zaguán, y para mayor seguridad, en adelante, se cerraría con llave la cancela. ¡Qué susto y qué bochinche! Y gracias, gracias que Fiorelli no se había enterado de nada.

Al són de los agudos gritos de la cotorra, que en su aro colgante hacía volatines, fué cada cual á terminar la interrumpida faena matutina de asearse y prenderse, y al colarse Tecla en su gabinete vió que por el corredor pasaba Hugo.

Iba el *bambino* cabizbajo, con señales de corrimiento y de pesar. Íntimo del otro, colaborador en sus trapisondas, ¿hasta qué punto, límite y medida le alcanzaba la complicidad, si no la responsabilidad, de lo ocu-

ruido? En el modo de llevar el sombrero, la cabeza y los brazos, daba á entender que la idea del juicio público, en la reciente aventura, le pesaba sobre la conciencia como una piedra. ¿Qué pensarían de él la cuñadita y la familia toda? ¿Qué su hermano de sus progresos en las artes picarescas de este *Parigi* corruptor? Valiente sinvergüenza estaba, ¡y cómo le ardían las orejas con el recuerdo de su tío cura, que desde Monferrato extendía la diestra para tirar de ellas y zarandearlas en justa reprimenda! No, no. Por aquel camino no daría él un paso más, así se riera Marquitos y le pusiera motes, jactancioso de sus viriles ventajas.

Buen empleo hacía de ellas, ya, ya. Prefería su encogida timidez, su delicado estómago con sus bascas y repugnancias. Porque la bofetada de Concepción rebajó tantos grados de su admiración por el héroe nocturno, cuantos aumentó de calórico en la castigada mejilla.

Supuso Tecla desde luego que bajaba á

contárselo al hermano, y le hizo *chist* desde la puerta.

—Hugo, Huguito, venga usted.

Obligóle á entrar en el gabinete, donde nunca entraba por pudoroso comedimiento. Y sin reparar en la liviandad de su bata blanca y el desaliño, demasiado familiar, de su persona y de su estancia á aquella hora de íntimo abandono, cerró la puerta, y cogiéndole por los hombros, muy cerca de él, le suplicó:

—Hugo, Huguito, ¡cuidado con decir palabra á Paolo! Usted no ha visto nada, ni oído nada. Dejemos á Marcos que se las entienda solo con sus culpas.

—Eso digo yo—saltó el mancebo, repeniéndose de la sorpresa;—porque yo... yo le juro á usted, Tecla, juro por la Madonna que no... que no me he mezclado... ¿cómo se dice?... en el timo, eso, así dice Landín... en el timo de los doscientos pesos. Antes me cayera muerto.

—¿Y quién lo duda, bobo?—dijo Tecla risueña.—Lo principal, ahora, es que Paolo

nada huera de lo sucedido... ¿Usted comprende? ¿Para qué? Qué necesidad...

—No, no, lo que es por mí...

—Cuento con usted, pues. Somos cómplices en una noble mentira. Qué, ¿no le agrada tenerme por cómplice?

Y riendo, tentadora en su frescura desocada, le franqueaba la salida. Pero, al mismo tiempo dió una gran voz:

—¿Qué le parece á usted Concepción? ¡Qué horror! ¡Qué gorda, qué fea está! ¡Y qué escándalo, Hugo, qué escándalo!

En una dormilona ó *chaise longue*, sobre la que campaban y arrastraban heterogéneos artefactos de indumentaria, un corsé, una media de seda, una enagua de volantes y no sé qué más cosas coquetonas y sahumadas de femenino aroma, sentóse Tecla, negligente, estremecida de indignación por el escándalo... Porque, bien mirado, desprovisto aquello del barniz de indulgencia que presta á las faltas el parentesco, la conducta de Concepción...

—Nosotros no la tratamos, ya sabe us-

ted, Hugo, que no la tratamos. Hace un siglo. Desde que se metió en el teatro, que fué poner en evidencia sus deslices, sacar á las tablas su impudor en las propias barbas de la gente. Que tuviera ó no tuviera, á puerta cerrada, allá ella; pero avergonzarnos así, ¡ah, no! ¡ah, no!

Era la teoría de misia Gorgonia, tan filosófica, tan humana, aprendida de memoria y dicha de carretilla. ¡Ah, no! ¡Ah, no! Movía la despeinada cabecita, y la expresión de disgusto alteraba la curva roja de sus labios, hacía avanzar el mentón voluntarioso, y marcaba en los ojos la naciente garra de los treinta años. ¡Ah, no! Lo que se quiera, cuanto se quiera; pero de tapadillo, con los miramientos que á la sociedad se deben. A esto llaman hipocresía por ahí: es, simplemente, vergüenza de sí mismo, respeto á los demás. Porque así como no ha de salirse en cueros á la calle, tampoco han de mostrarse los vicios y defectos en público.

—¿No le parece á usted, Hugo? Sí, sí,

usted piensa como yo, siempre estamos de acuerdo. En lo que no estamos de acuerdo es en sus visitas á Concepción y en la mala compañía que acepta de nuestro pariente, el recondenado de Marquitos.

—¿Yo?—exclamó el joven, pronunciando en italiano el pronombre, es decir, separando dulcemente las letras.—¡Yo!

Atomatado, no sabía cómo excusarse. Miraba á Tecla, más atento á traducir su parloteo que á la actitud de la linda criolla, espatarrada ó poco menos en el canapé, con exceso de confianza que nada disculpaba, si no es la cerrada puerta.

—¡Sí, sí, usted! No debe usted visitar más á Concepción, ni andar más con Marquitos, son dos consejos que me permito darle, invocando mi autoridad de cuñada. Y ahora, déjeme vestir, porque supongo que no querrá estarse ahí mientras yo me visto...

No, ciertamente. Las tímidas rojeces de Hugo alcanzaron la intensidad de la púrpura, y sintió en las sienes el latir atrope-

lado de la sangre, como otras veces, como en otras ocasiones que le sorprendía la cuñadita con salidas del mismo género, bromas de calibre algo superior al que las conveniencias consienten y que, instintivamente, á él le parecía que sentaban mejor á la Charo ó á la Rufa, que á la esposa de su hermano; una de las tantas cosas raras en que venía fijándose sin querer y le hacían cavilar más de la cuenta. Entonces creyó notar, sin que pudiera asegurarlo, que tenía Tecla la bata desceñida en lo alto y por lo bajo tan recogida (sin duda del arrojarse sobre el sofá con aturdimiento y abandono), que la media de seda color de carne, modelando la hermosa pantorrilla, la exhibía á su admiración pecaminosa.

A fuer de bien educado Hugo, no quiso averiguar si era aquello realidad ó malicia de su imaginación, y no insistió en mirar donde mirar no debía; balbuciente, dijo que se marchaba.

—¡No, por ahí no!—protestó Tecla.

Ensartó el bordado pantufllo, que se le

había caído, vino rápidamente y le empujó hacia la puerta de la sala. ¡Loco, imprudente! ¡Podían verlo salir de sus habitaciones, y á aquella hora no estaría bien!... La china Enriqueta, la cotorra misma. ¿Olvidaba que eran cómplices?

Con una carcajada le echó la batiente encima, y el atortolado muchacho se encontró solo en la salita cursi de felpa y purpurina, frente al retrato de la consola en que el padre putativo de Marquitos, don Gabino Asnabal, hinchaba sus belfos de buey manso. Al mismo tiempo, por la puerta contraria apareció Marquitos, el sombrero pajizo sobre la oreja derecha, tamaño cigarro entre los dientes y luciendo un terno de fina lana azul.

—¿Vamos?—le dijo.

—¿Adónde?

—A tomar un aperitivo.

—No; gracias.

—¿Qué vas á hacer?

—No sé.

—¿Irás esta noche á buscar á la Charo?

—No iré.

—¿Y á casa de Concepción, me acompañas?

—¡A casa de Concepción! Si vas, te pega.

—Me abraza, zonzos, no la conoces. Y á pesar de cuanto has oído, en seguida que reemplace al abogado, si el reemplazante es de plata, verás á la tía Gorgonia derretida con ella y á partir de un piñón á toda la familia, salvo, por supuesto, el intratable hurón de tu señor hermano.

—Pues, no te acompañaré tampoco á casa de Concepción.

—Adiós, entonces, niño de cera, y que te parta un rayo. Melindrosos estamos, joven Fiorelli. Qué ¿nuevos escrúpulos de monja? ¿Tienes jaqueca, como las niñas histéricas?

—Nada tengo, sino que no me da la gana de ir contigo á parte alguna—afirmó audazmente Hugo, con entonación en él desconocida.

—¿Por qué, hermoso?

—Porque has cometido una mala ac-

ción, una acción ruin, que no será más que el principio de otras peores.

—¿El qué, birlarle á Concepción sus doscientos pesos? ¿Los ha ganado ella honradamente acaso? ¡Inocente, más que inocente, imbécil! Ea, no quiero discutir contigo, no he de rebajarme á discutir contigo. Y á la verdad, siento que me prives de tu dulce compañía, porque nos servías de diversión... ¡Sí, gringuito rubio y colorado, con lágrimas en los ojos te lo confieso aquí, en los propios morros de mi papá morgánico: lo siento mucho!

Dió un golpe al pajizo que lo sumió hasta la nuca, soltó una carcajada y se echó al corredor precipitadamente; bajaba las escaleras, y las notas burlonas de su risa atronaban la casa, las mismas de Tecla desgranándose en el gabinete y punzándole como saetas de mofa.

¿Qué casa era aquélla? ¿Por qué se reían así de él? Le pareció que no sólo la casa, aquel *Parigi* inmenso se reía de su inocencia, de su memez y de sus líricos desplan-

tes, y levantó el puño femenil para amenazar al retrato de D. Gabino, á la Tecla vecina, á Marquitos y á la Charo, á todo el *Parigi* burlador y estúpido. La cotorra chillaba en el corredor, y amenazó también á la cotorra... Salvos la cotorra y el rebullido de la ciudad bajo los balcones, nadie contestó á su reto. Una sensación de descontento le embargaba, descontento de todo y de sí mismo. Y se preguntó, en medio del vacío de su alma, qué haría de sus días, qué haría de sus noches, sin Marquitos y sin Charo.

Habíase acercado al balcón y miraba pasar la interminable turba de carros, de coches, de gentes, estremeciendo el suelo como un regimiento de artillería, otro aspecto de aquel *Parigi* odiado, que si se divertía, también trabajaba. Y entre los que iban y venían vió avanzar la conocida pareja del maestro y su hija, D. Benigno y la hormiguita, cada cual á buscarse el pan, ella tras de alguna lección, él á cargar con los libros de la fábrica. ¡Qué lección, qué

lección recibió el *bambino* pensativo, nada más que del aparecer y desaparecer de la industriosa pareja! ¡Y qué efluvios, así como de fortaleza, subieron de la calle hasta el balcón, desprendidos de aquella masculina hembra que, enfundada en un traje negro modestísimo, que no se sabía si era de hombre ó de mujer, se alejaba con pasos francos y alertas, segura del terreno que pisaba y de los pies con que pisaba!

—Sí, trabajaré—pensó Hugo,—ayudaré á mi hermano, que para eso he venido, y no á gandulear y hacer el crápula. Trabajaré tanto, que me saldrán callos en las manos, y Paolo se admirará de verme. La pala de Matías pesará para mí menos que una pluma, y á fuerza de voluntad moldearé la pasta de mi fortuna, como Paolo; seré el heredero, el sucesor de Paolo.

Con la arrogancia de quien ha tomado una resolución decisiva, pisando fuerte, como Luisa, salió y emprendió el descenso de la escalera. Pero, sin duda, Marquitos había dejado en ella moléculas perturbado-

ras, que neutralizaron las benéficas de la hormiguita. De escalón en escalón, el paso de Hugo era más flojo. Bajaba á la fábrica, y de nuevo titubeó hacia dónde se encaminaría, ya que la covacha de Charo le estaba vedada.

Al llegar al último, se paró, súbitamente. Muy encarnado, sobre su frente brotaron ligeras perlas de sudor... ¿Era imaginación suya ó era realidad aquéllo... aquéllo?